

Theoria
Universidad del Bío-Bío
theoria@pehuen.chillan.ubiobio.cl
ISSN (Versión impresa): 0717-196X
CHILE

2006

Marcelo Arnold Cathalifaud / Daniela Thumala Dockendorff / Anahí Urquiza Gómez
LA SOLIDARIDAD EN UNA SOCIEDAD INDIVIDUALISTA

Theoria, , año/vol. 15, número 001

Universidad del Bío-Bío

Chillán, Chile

pp. 9-23

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

Artículo

LA SOLIDARIDAD EN UNA SOCIEDAD INDIVIDUALISTA

SOLIDARITY IN AN INDIVIDUALISTIC SOCIETY

MARCELO ARNOLD-CATHALIFAUD^{1*}, DANIELA THUMALA DOCKENDORFF²
Y ANAHÍ URQUIZA GÓMEZ²

¹Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Chile. marnold@uchile.cl

²Fundación SOLES

²Programa de Antropología y Desarrollo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Chile

* Autor para correspondencia

RESUMEN

Se presenta una investigación cualitativa que tuvo por objetivo indagar, desde una perspectiva sistémica y constructivista, cómo las manifestaciones colaborativas quedan en un "punto ciego" para la mayoría de los observadores especializados de la sociedad contemporánea. Se considera que este hecho es consecuencia de una visión simplificada de la sociedad, que limita el desarrollo de explicaciones científicas sobre los fenómenos paradójales que acontecen en la modernidad. Entre estos últimos destacamos el desplazamiento de las actitudes solidarias ante la generalización de prácticas colaborativas que empalman mejor con una sociedad que se funda en promover valores individualistas y en los méritos personales, pero que a la vez no puede renunciar a los vínculos asociativos y comunitarios.

PALABRAS CLAVES: Chile, colaboración, complejidad, modernización, solidaridad.

ABSTRACT

This is a qualitative investigation that looks, from a systemic and constructivist perspective, into the way expressions of collaboration remain a blind spot for most specialized observers of contemporary society. This fact is considered to be a consequence of a simplified vision of society, which restricts the development of scientific explanations for paradoxical phenomena in modern times. We wish to highlight, as one of these phenomena, the decrease of solidarity attitudes opposite to the popularization of collaboration practice that best matches a society founded on individualism and personal merit and, at the same time, not capable of giving up on communitarian and associative bonds.

KEYWORDS: Chile, collaboration, complexity, modernization, solidarity.

Recepción: 01/03/06. Revisión: 09/06/06. Aprobación: 30/06/06.

I. INTRODUCCIÓN

Presentación del problema

Esta presentación contiene resultados de estudios patrocinados por la Dirección de In-

vestigación de la Universidad de Chile¹, que sirven de fundamento al *Observatorio de la Colaboración Social* implementado por el Programa de Magíster en Antropología y Desarrollo, en alianza con la organización de la sociedad civil Fundación Soles. Los tra-

¹ Proyecto DI SOC 04/14-2 "Colaboración, cultura y desarrollo", cuyo investigador responsable es el Dr. Marcelo Arnold-Cathalifaud y en cual participa junto a los autores las investigadoras María José Torrejón y Cynthia Meersohn.

bajos estuvieron enfocados para entender y explicar la vigencia, extensión y proyecciones de las prácticas relacionadas con la solidaridad en Chile. Sus propósitos iniciales consistieron en someter a escrutinio opiniones generalizadas que plantean que las vinculaciones sociales cooperativas, siendo fundamentales para una modernización sustentable, estarían en franca declinación. La investigación se inició con la idea de que una ciudadanía atomizada y ensimismada atenta contra la viabilidad de la sociedad y su desarrollo y que, por lo tanto, la identificación de actitudes comunitarias, y el contexto de su emergencia, serían vitales para intervenir en la revitalización de estos vínculos sociales.

El fundamento del problema investigado surge a la luz del análisis de descripciones realizadas por especialistas e intelectuales de renombre, que aseguran que las actitudes y vinculaciones comunitarias sólo podrían definirse como residuales, altamente improbables o sencillamente contestatarias a las actuales tendencias modernizadoras. Pero, al someter a prueba tales declaraciones, y a la luz de nuestras evidencias, se constató que tales conclusiones son parciales, pues se basan en visiones extemporáneas y muy estrechas de las formas sociales. En términos específicos, el desafío asumido consistió en explicar las dificultades para identificar la presencia de vinculaciones sociales asociativas. Se presume que tal desatención contribuiría a invisibilizar estas iniciativas y, quizá con ello, a operar como efecto auto-cumplido en su declinación, en tanto no reforzaría las acciones colaborativas al influir en las evaluaciones que se hacen sobre sus beneficios y efectos.

En síntesis, la idea de la improbabilidad de vínculos asociativos en la sociedad contemporánea fue cuestionada y se estableció como objetivo identificar los obstáculos que estarían limitando su identificación y, en consecuencia, su fortalecimiento. Como se

aprecia, nuestros estudios se iniciaron con ideas muy distintas a las que llegamos después de cotejar otras evidencias. A partir de ello, se confirma que los incrementos de complejidad social conllevan, correlativamente, esquemas más complejos de observación.

II. MATERIAL Y MÉTODOS

Perspectiva de observación

En el desarrollo de la investigación aplicamos los recursos teóricos y metodológicos del programa *sociopoiético* de observación (Arnold, 2004), que se inspira en la teoría luhmanniana de los sistemas sociales (Luhmann, 1991; 1998). Esta perspectiva, al reconocer la aguda diferenciación de la sociedad estimula la observación de fenómenos que carecen de referencias unívocas.

Nuestras observaciones fueron realizadas a través de una aproximación de *segundo orden*. Su foco de atención fue identificar las distinciones que se emplean para caracterizar formas de vinculaciones sociales en el plano interaccional cuyos efectos favorecen la equidad social y conllevan para los involucrados satisfacciones recíprocas más allá del beneficio económico, pues se trata de acciones donde el sistema observador incorpora los beneficios que aporta a su entorno como parte de su propio beneficio.

Las técnicas cualitativas son protagónicas para la observación de nuestro problema, al ser las más aptas para indicar las distinciones que conforman las observaciones con las cuales se notifican las vinculaciones sociales. Para identificar el dominio comunicativo de tales manifestaciones se revisaron documentos y literatura especializada (Alvarez, 1994; Dockendorff, 1993; De Felipe y Rodríguez, 1995; Moncada, 1989; SEGEGOB, 2004). Luego, a partir de ello, identificamos entre sus expresiones más re-

currentes diversas formas de manifestación, tales como *la solidaridad, el voluntariado, la colaboración, la acción colectiva, la caridad, la donación, la filantropía y la responsabilidad social* las que, en adelante, constituyeron nuestro foco de atención.

En términos específicos se efectuó un análisis de textos, cuyos contenidos refieren a las características centrales de la sociedad contemporánea y, en una primera etapa, se realizaron diecinueve entrevistas profundas y tres grupos de discusión. Las muestras seleccionadas estuvieron compuestas por expertos en temas vinculados a la temática de la colaboración y miembros de organizaciones de voluntariado, es decir, representantes calificados del dominio comunicativo bajo observación. Por último, los registros fueron procesados con el software de análisis cualitativo *AtlasTi*.

La crisis de la colaboración en las descripciones de la sociedad contemporánea

Nuestra actividad inicial consistió en analizar comunicaciones de intelectuales que presentan sus visiones acerca de la condición contemporánea y que cuentan con una amplia resonancia en el ámbito de las ciencias sociales. Se trata de relatos donde se expone tanto la observación autorreferencial de la sociedad como los recursos que la componen. Esta revisión permitió, por un lado, desplegar las (auto)imágenes más recurrentes sobre la sociedad contemporánea y, en segundo lugar, identificar sus déficits explicativos. Importa destacar que, congruentemente con la aproximación sociopoiética, nuestras indagaciones no colocaron en discusión la veracidad de las descripciones pues asumen su *realidad* comunicativa. En este sentido, nuestra atención se dirige exclusivamente a las formas de distinción que componen sus comunicaciones.

Contexto global

En términos generales, las “teorías” con que se tratan las sociedades occidentales contemporáneas coinciden en evaluar negativamente su actual estado y destino. Visualizan que mientras más avanzan en su modernización, más se cuestionan sus fundamentos, lo que deja en evidencia una desconexión entre el incremento en la eficacia de sus operaciones sociales instrumentales y la valoración cultural de los mismos. Se aprecia cómo las consecuencias inesperadas del desarrollo científico, tecnológico y económico abren camino a sociedades que no solamente tienen por núcleo el riesgo y la incertidumbre sino que además lo autoconfrontan reflexivamente (Beck, 1998). Habermas (1998) observa a la sociedad global sometida a constantes crisis, las que explica como parte del modelo de crecimiento capitalista; Touraine (1992) destaca la falta de confianza en el progreso, en tanto ya no se cree que conduzca a la democratización y a la felicidad, lo cual lleva a abandonar la fe en la modernidad. El sociólogo británico Giddens (1993) afirma que ante el desmembramiento de las instituciones tradicionales el mundo se percibe como espantoso y peligroso. En este contexto, el desarrollo tecnológico y el crecimiento económico se asocian con aumentos considerables de los malestares culturales, psíquicos y sociales que aquejan a los miembros de las sociedades modernas. Además, para quienes se arriman a las tesis de Foucault, estaríamos ante una sociedad efectivamente vigilada (Lyon, 1995). Las tecnologías comunicativas conformarían un tipo inédito de sociedad (Castells, 1997), cuya *cultura de la virtualidad* genera una *hiperrealidad* (Baudrillard, 1991) donde las apariencias son las experiencias. Estos discursos destacan las crisis que emergen cuando las seguridades acostumbradas, o esperadas, pierden fuerza sin que nada logre reemplazarlas y en donde

el mañana se anticipa como catástrofes por venir. Como señala Luhmann (1997), las descripciones de esta modernidad tardía contienen discursos sin futuro que multiplican en los medios de comunicación de masas una imagen de incontabilidad.

Entre los impactos negativos que más se destacan en las imágenes de la modernidad se encuentra el declinar de los lazos asociativos. Esto se explica como resultado del debilitamiento de las instituciones tradicionales que acompaña la globalización del programa económico *neoliberal*, desde el cual se desprenderían valores desencadenantes de una aguda indiferencia social que estimula participaciones segmentadas y fomenta el desinterés por las responsabilidades colectivas, dejando sin sustento los recursos morales que sostienen la cooperación. Estos procesos impulsarían y radicalizarían una individualización donde las personas, desprendidas de sus familias y grupos de clase, deben forjar sus destinos por acciones cuyos resultados sólo pueden remitir a sí mismos, al punto en que las crisis sociales son vivenciadas como individuales. Los escenarios familiares y laborales, cada vez más inseguros y precarios, erosionan la identidad social, el colectivo deja de ser un refugio y las actitudes egoístas se legitiman.

En este contexto, las personas toman distancia de las tradiciones y afirman sus derechos para definir por su cuenta sus destinos. Más aún, la misma noción de individualidad es desplazada en el discurso público por la de individualismo que, como ha sido destacado por Dockendorff (1993), refleja un sentimiento de descontento ante el colapso de los sentidos de pertenencia, que dejan a los individuos atrapados en lazos sociales fugaces. La desintegración de las certezas gatilla la compulsión a buscarlas ensimismadamente, ante cuyo desencuentro se producen las ya normalizadas patologías psíquicas contemporáneas. Estas tendencias originarían efectos negativos de todo orden,

incluso la autorrealización personal sería experimentada problemáticamente, en tanto obedecería a una racionalidad que puede perjudicar a los otros para su culminación o, siendo inalcanzable, termina en frustración o *anomia*. Esta falta de confianzas colectivas afecta las posibilidades para activar acciones cooperativas, las que requieren, al menos, de un nivel básico de confianza para desarrollarse.

Contexto latinoamericano

Pudiera pensarse que Latinoamérica no responde a las caracterizaciones que reseñamos, sin embargo los descriptores locales, haciendo coro con las descripciones globales, denuncian con fuerza las consecuencias de la modernización y, a la vez, cuestionan la persistencia de relaciones sociales colaborativas anticipando problemas más agudos. La idea generalizada es que la globalización afecta más duramente a los países en desarrollo. Se presume que las debilidades locales hacen que la región se incorpore a estos procesos con visibles desventajas. Sus deficiencias institucionales, unidas al desmantelamiento de las formas estatales tradicionales, agudizarían no solamente la magnitud de sus inequidades sociales sino que las amplificarían, en tanto que sus exclusiones parciales se potencian mutuamente. Mientras tanto, las expectativas de mayores bienestar crecen sin freno alimentando programas políticos populistas. Ni la *hibridación cultural* (García-Canclini, 1990), ni el *ethos* latinoamericano (Morandé, 1987) nos estarían protegiendo ante la avasalladora racionalidad instrumental moderna, más aún su desprotección agudizaría vacíos que tienen, entre otras expresiones, las reiteradas violaciones de los derechos de sus ciudadanos (Hopenhayn, 1987) y un excesivo nivel en la desconfianza interpersonal (PNUD, 2000).

Para el sociólogo chileno Fernando Ro-

bles (2000), se estaría experimentando una individuación desregulada cuya consecuencia es un generalizado estado de ánimo basado en el miedo, la ansiedad y la incertidumbre. Así, el proceso de individualización que en los países desarrollados se viviría como un “haz de tu vida lo que quieras”, en los países de América Latina se corresponde con el “arréglatelas como puedas” (Robles, 2000). Se añade que a consecuencia de los cambios acaecidos en las últimas décadas se cuestionarían los idearios colectivos conformándose el escenario para que se experimente la existencia personal en forma aislada, mientras los problemas sociales se transfieren a las psicologías y decisiones individuales. Mientras las aglomeraciones urbanas se extienden indefinidamente, la vida cotidiana se privatiza, los espacios públicos se abandonan y, en el intertanto, los centros comerciales se vuelven los anónimos espacios para el encuentro social. Ante esta erosión del sentido de pertenencia (Brunner, 1998), las personas confiarían sólo en círculos muy reducidos de parientes y conocidos².

Contexto chileno

En términos más específicos, para los observadores de la realidad chilena el país empieza a identificarse con una modernidad avanzada del tipo liberal “estadounidense”, con un orden orientado a proteger la propiedad y los derechos individuales, y donde los logros personales se exponen en bienes materiales. Los “nuevos” chilenos, interpreta el comunicólogo Pablo Halpern (2002), habrían internalizado que su éxito o fracaso depende de lo que cada uno haga sin ayuda de agentes externos. En una estructura de

² Según el informe Latinobarómetro 2005, la región posee un nivel de confianza interpersonal extremadamente bajo. En promedio, un 80% de los habitantes no confían en un tercero desconocido (Corporación Latinobarómetro, 2005).

movilidad social basada en el esfuerzo y mérito individual, el consumismo, que se acopla con la generalización del crédito, pasaría a colocarse en el centro de la cotidianidad y sería un factor decisivo en la construcción identitaria. Simultáneamente, prevalecería un “malestar ético” que cuestiona las normas vigentes, expande el relativismo y desdibuja la influencia de las instituciones tradicionales, lo que provocaría una profunda crisis de sentido (PNUD, 1995). En los estudios sobre el Desarrollo Humano del PNUD, correspondientes al año 1998, se detectó el desacoplamiento entre los indicadores objetivos de seguridad social y las percepciones de la misma, particularmente una fuerte incertidumbre frente al futuro personal. Se concluye que el individualismo predominante en los chilenos debilitaría la noción de comunidad y de solidaridad expresándose en un *malestar cultural*, de ahí la propuesta de los investigadores de fortalecer los capitales sociales.

Desvinculados y volcados hacia el par *éxito es igual a dinero* (Moulian, 1997) los individuos buscan su seguridad desconectándose de los demás (PNUD, 1998). En este contexto, la convivencia se caracteriza por ser cada vez más egoísta, individualista, agresiva y moralmente menos sana (Larraín, 2001), en suma, asocial (PNUD, 2002). Sofisticados sistemas de segregación desgajan el ethos comunitario abatiendo los niveles requeridos de confianza social entre los ciudadanos (Martínez, 2001). Paralelamente, la inseguridad pasa a ser el tema central de la agenda pública, simbolizándose en la delincuencia, la ausencia de lazos y normas morales, y cuya exposición mediática potenciaría la imagen de los otros como probables agresores, reforzando la retracción de la sociabilidad al espacio privado. Para Güell (2002), el repliegue del estado sumado a una debilitada sociedad civil dejaría a los individuos anclados, en el mejor de los casos, en sus familias nucleares. Frente a esas insegu-

ridades, se instituiría un *imaginario de mercado* ajeno a las motivaciones colectivas (PNUD, 2002), debilitado de vínculos como la afectividad y la amistad (Moulian, 1997) y pleno de asalariados disciplinados. Completando el cuadro, los ciudadanos no buscarían incidir sobre sus contextos percibiendo que la construcción de un nuevo orden está alejada de sus posibilidades de participación. El retraimiento se compensaría, en parte, con la exposición televisiva, configurando un tipo de conectividad social basado en espectadores pasivos y aislados. En síntesis: una calidad de vida material, significativamente mayor que en épocas anteriores, estaría aparejada con una disminución de la calidad de la vida social.

De nuestra revisión se puede concluir que tanto a nivel global como regional y local, la intelectualidad contemporánea coincide en evaluar negativamente las formas sociales dominantes, denunciando cómo el individualismo y la indiferencia debilitan los intereses colectivos. Se destaca cómo las relaciones sociales se “deshumanizan” proyectándose exclusiones no solamente de los sistemas funcionales de la sociedad, sino también de las redes interaccionales de contactos con las cuales pueden enfrentarse. Frente al desmantelamiento de los factores que sostienen las formas colaborativas, como son la confianza, la empatía y las utopías, se prefigura una sociedad decadente, que pierde referentes que apuntalen las actitudes comunitarias, donde sus miembros se coordinan por indiferencia y se vuelcan cada vez más a la búsqueda de un bienestar material. No se contaría con los escenarios propicios para vinculaciones sociales que presuponen formas de reciprocidad basadas en la confianza y la cooperación. El incremento de la contingencia se explica aludiendo a las actitudes que refuerzan modelos de modernización que minimizan las construcciones colectivas y fomentan los lazos oportunistas. En consecuencia, no solamente la asociatividad a ni-

vel planetario estaría en un franco declive, también la misma viabilidad de las sociedades humanas estaría en cuestión ante tendencias autodestructivas que carecerían de freno.

III. RESULTADOS

El discurso de la colaboración: Observando observadores

Nuestro propósito de entender cómo en una sociedad que se describe como individualista se reclamen lazos comunitarios, nos obligó a dar cuenta con mayor precisión del campo de lo que se estaba indicando por relaciones sociales orientadas comunitariamente. Para avanzar en esta indagación se revisaron nociones asociadas y entrelazadas que se destacan en la literatura experta de instituciones académicas, estatales y organizaciones de la sociedad civil, como vinculaciones sociales contrapuestas a las tendencias individualistas. Estas observaciones fueron complementadas con los registros de nuestros entrevistados quienes, desde sus propias experiencias y vivencias, dan contenido a las expresiones asociativas. Importa destacar que las distinciones recogidas constituyen condensaciones de sentido, las que se caracterizan por tener un potencial conectivo y, por ello, permiten precisar desde dónde, y cómo, se construyen las imágenes sobre la colaboración social, lo que también permite visualizar la heterogeneidad de sus expresiones así como reconocer sus tendencias y rasgos comunes.

Respecto de los resultados de las entrevistas y grupos focales realizados, en una primera línea entre las expresiones de vinculaciones asociativas se encuentran las acciones colectivas. Éstas se indican por la presencia de iniciativas conjuntas que son motivadas por intereses compartidos, pero donde sus partícipes no necesariamente se

involucran mutuamente. Aunque se describen como un factor importante para la democracia, su valoración puede ser negativa o positiva, dependiendo de los propósitos de las acciones que se emprenden:

... son iniciativas que desarrollan muchas personas en torno de algo que tiene interés público o particular (...) o sea yo puedo defender que no me entren camiones de esta esquina a esta esquina, porque me meten ruido (...) también me puedo asociar con mis vecinos y decir cortemos la calle o pidamos que nos pongan una reja... (E 01)³.

Se trata de una distinción con un bajo poder de discriminación, aplicable a diversos tipos de comportamiento.

Expresiones como la *caridad* y las *donaciones* se representan como relaciones asociativas asimétricas, cuyo denominador común es una explícita desigualdad entre sus involucrados. En términos específicos, la *caridad* se orienta en torno a las nociones de diferencia y asistencialismo, no supone la búsqueda de justicia ni de igualdad, como tampoco el empoderamiento de quien se beneficia con ella. Aunque se la concibe como actos que perfeccionarían la justicia social, asignándole un carácter religioso y valórico, se asocia más con la propia satisfacción de quien la ejerce. Así, las acciones caritativas se acoplan con acciones individuales orientadas al beneficio propio, es decir son autoefectivas y, por ello, aisladas y esporádicas. Atribuidas a sentimientos culposos serían, más bien, medios para aplacar las conciencias de quienes la ejercen:

... la caridad es lo más fácil, como que todos tenemos una conciencia que, no sé de donde vendrá, como de nuestra moral supongo, que es como que si uno ve un pobre y te está pidiendo plata es pa' uno darle

cien pesos, es bueno pa' uno, no es bueno pa'l pobre o sea, entonces es lo más directo como con la propia conciencia, ir y dar cien pesos... (E 02).

Se entiende, por lo tanto, que su cuestionamiento es propio de observadores externos que no valoran su carácter asistencial y que le atribuyen motivaciones "egoístas".

Las *donaciones* se vinculan a aportes fundamentalmente económicos o materiales para propósitos de bien común. Se presumen necesarias pero insuficientes, pues no implican compromisos más allá de lo material, la donación no requeriría un involucramiento personal del donante con el receptor de su donación. Si bien se le reconoce un gesto de entrega a la donación, se le atribuye un carácter, en cierto grado, despectivo

... la donación, por supuesto que es importante, pero es insuficiente si no hay donación de la persona, yo le puedo donar a un peruano que esté durmiendo aquí en la hospedería, pero si yo no trato dignamente a los peruanos, mi donación no sirve de nada, al contrario puede ser perjudicial... (E 03).

Los medios de comunicación y las campañas masivas estarían fomentando este modelo de características caritativas y asistencialistas que se acomoda mejor al ciudadano común que dispone de poco tiempo y medios para ejercer una ayuda más comprometida y sistemática.

La *filantropía* y la *responsabilidad social* se perciben como conceptos cercanos entre sí, pero responden a dos contextos diferentes. La primera se define como un concepto laico que significaría *amor al género humano*, y que por ello humaniza a quien la ejerce, pero, a la vez, es evaluado como un concepto lejano y ajeno, necesario pero no suficiente, ya que no implica mayor compromiso, al menos espiritual, del que la ejerce:

³ Los códigos (E N°) corresponden a citas tomadas desde las transcripciones de entrevistas profundas y grupos de discusión.

... filántropo es alguien que sin tener ninguna explicación ni causa, sino que solamente porque es algo que le nace de su propia naturaleza, está dispuesto a desprenderse de bienes (...) lo equilibra como persona, no tiene necesariamente una raíz religiosa, no tiene necesariamente una raíz de compromiso de algo con lo cual uno cree... (E 04).

Mientras que actualmente la filantropía se va frivolizando como marca de prestigio social y de servicios comerciales exclusivos, la *responsabilidad social* se percibe como un concepto emergente, que “la lleva”, pero que no implica una solidaridad genuina:

... una palabra muy bonita, que lamentablemente no es generada por la solidaridad pura, sino que más bien por el interés, por la necesidad, pero aun así es sumamente importante (E 05).

Su actual moda se explica por un contexto en donde se incorporan a la acción social estatal y de las iglesias las decisiones de los dueños del capital y sus empleados, que lo asumen como una forma de rendir cuentas a su entorno y obtener beneficios con ello. En este sentido, es un concepto que rápidamente se asocia con la responsabilidad que las empresas asumen con las necesidades de su comunidad pero no es vista como una actividad del día a día, lo que probablemente la desliga como concepto aplicable al ámbito personal, individual.

Expresiones como la *solidaridad y el voluntariado* se integran con premisas comunes en torno a la justicia social, en conexión con nociones cristianas que valoran el sufrimiento y el deber moral e ideologías que apuntan a los conflictos de clases. En consecuencia, en sus indicaciones se traslapan códigos religiosos y políticos en torno a la “cuestión social” y sus fines se evalúan en relación a su efectividad. Se trata de nociones densas en contenidos.

Específicamente, la *solidaridad* involucra

empatizar, en el sentido de asumir las necesidades del otro, no sólo como un gesto puntual, sino como una actitud de vida:

... no sólo comprende lo que es la caridad, el amor, sino que también integra en sí misma la justicia; la solidaridad queda coja sino se le suma justicia, y si sólo se le suma justicia fría, donde no hay empatía con el dolor del otro y tú eliminas el amor, por supuesto que queda coja también; entonces, en la palabra solidaridad, tú lo que encuentras es una profunda empatía con el dolor del otro, con el dolor con la exclusión social, no con el dolor físico, con el que está excluido debido a sus características, a su color de la piel, no sé, o a sus facultades propias de su vida, si está en pobreza o en discapacidad, entonces tú empatizas con lo que le está pasando al otro y luchas porque se haga una situación de mayor justicia para que eso no siga sucediendo (E 06).

De este modo, la solidaridad se asocia con la búsqueda de justicia y cambio social y sus expresiones tienen relación con ayudar y compartir, en un marco de igualdad orientado a la búsqueda de oportunidades para todos. Tan relevantes aparecen estas últimas ideas, que sus acciones, aunque no menos solidarias, son valoradas negativamente cuando se tornan paternalistas y no generadoras de equidad. La solidaridad, finalmente, sería aquel modo de comportamiento que nos separa de la soledad situándonos en comunidad con otros, como una característica propia de lo humano.

El *voluntariado* representaría una forma de ejercer la solidaridad que se caracteriza por un compromiso más estable, responsable y en un marco institucional de quien se involucra con el dolor y las necesidades de otros.

... voluntariado es cuando tú gratuitamente te donas a otros y luchas por integrarlos socialmente, sobre todo a las minorías excluidas, o luchas por mejorar el medioambiente... (E 07).

Se le concibe como un modo socialmente acotado de promover cambios sociales, de protestar y de demostrar que se puede hacer algo diferente. Se trata de una nueva forma de acción política, "... un espacio revolucionario en el mercado" (E 08).

Si bien el voluntariado se asocia con la gratuidad, al observar las motivaciones que tienen los voluntarios para realizar su trabajo éstas varían desde una necesidad "de darse", "de renuncia" hasta la búsqueda de pertenencia a un grupo, de superación de sentimientos de soledad o malestar, como "sentirse súper mal" y querer superarlo "ayudando a otros". También se observa una aproximación a la actividad voluntaria que comprende desde una búsqueda conciente de alternativas para realizar acciones solidarias hasta la participación generada por la casualidad. Por último, se observan motivaciones cargadas de idealismo, como "cambiar el mundo", así como aquellas que se orientan a establecer una relación de reciprocidad, "recibir de los otros y ayudarlos". Al parecer, habrían tantas motivaciones como personas para ejercer el voluntariado, no obstante todas compartirían un mismo elemento: el interés por el otro.

Puede anticiparse que en una sociedad como la chilena, donde el Estado y la Iglesia pierden protagonismo, las distinciones que hasta hoy los tenían como principales referentes para las nociones de solidaridad y de acción comunitaria se desdibujan, dando lugar a nuevos sentidos. En esta dirección, *la colaboración* empieza a representar los distintos tipos de expresiones asociativas:

... yo creo que todo esto es colaboración, yo lo habría puesto con mayúsculas acá arriba, la responsabilidad social es colaboración, la donación, el voluntariado, la solidaridad, la filantropía, la caridad, la cooperación, la reciprocidad, la acción colectiva, la acción social, ya, en todo eso hay colaboración; ... las invitaciones más importantes que hacemos nosotros siempre son a colaborar, y se

nos suma mucha gente, porque las personas están ávidas de compartir con las demás, uno tiene que saber cómo llegar, pero están ávidas todas las personas, los estudiantes están ávidos, los adultos están ávidos... (E 03).

La colaboración estaría determinada pragmáticamente desde los propios agentes, en sus distintos momentos y contextos, asumiendo su diversidad, individualidad y contingencia: "... a mí me gusta eso de vivir el compromiso social con la libertad individual" (E 10). Se vincula con las nuevas formas ciudadanas y de participación política. A diferencia de las distinciones que aparecen relacionadas a ideologías clasistas o religiosas en conflicto con los procesos de individualización, la noción de colaboración facilita un nuevo formateo de actitudes comunitarias que se asumen, sin desvirtuarse, como *relaciones de beneficio mutuo*, transitorias, circunstanciales e integradas al cumplimiento de metas personales, y no necesariamente orientadas por objetivos universalistas como lo exige la búsqueda absolutista de *lo bueno, el bien, la justicia, la igualdad o el amor*.

Además de las distinciones encontradas en las fuentes de información primarias, que dan cuenta de una diversidad de vínculos considerados como asociativos por los propios observadores, la literatura especializada ofrece datos que muestran cómo en todos los países son muchos los individuos que colaboran en actividades de voluntariado. De hecho, el voluntariado nace de la matriz moderna, sustentado en individuos soberanos y autónomos que ejercen su libertad. Así también los factores que lo potencian se encuentran justamente en el desarrollo económico, la reducción del Estado y la crisis de la participación política. Dado que el voluntariado se compone de actividades que tienen grandes posibilidades de mediciones comparativas se puede constatar que en mu-

chos países alcanza un porcentaje significativo de la fuerza de trabajo, especialmente presente en las organizaciones sociales sin fines de lucro (SEGEOB, 2002). Incluso, estudios que se han desarrollado en Chile (SEGEOB, 2004⁴), revelan que cuatro de cada diez entrevistados (un 42%) declaran haber participado alguna vez en la vida “realizando alguna tarea voluntaria” y que por cada 100 personas 19 han desarrollado algún tipo de actividad voluntaria durante el último año.

Las cifras disponibles dan cuenta de una importante densidad asociativa instalada en el país⁵. Si nos atenemos a análisis más finos, los estudios señalados indican que mientras más integrados están los individuos a la modernidad, es decir a mayor nivel socioeconómico, educación y juventud, mayor prevalencia de participación en actividades voluntarias. Se destaca que, a juicio de los respondentes, el voluntariado es una actividad que se expande (82%) y que los motivos para no participar corresponden más bien a una falta de tiempo, y en mucha menor medida a una falta de interés. Incluso, se percibe que los problemas de la modernidad son una fuente para el desarrollo de la actividad, por ejemplo el 69% de los encuestados se muestra de acuerdo con la idea de que el voluntariado hace las cosas que el Gobierno no puede hacer.

Como ya es posible anticipar, los resultados del proceso de observación de las distinciones relevadas por los entrevistados y la información obtenida de las fuentes secun-

darias, pusieron la primera luz de alerta sobre la visión inicial con la que partió nuestro trabajo, que asumía que dada la improbabilidad de las vinculaciones sociales asociativas se hacía imperativo su identificación para así poder revitalizarlas en un contexto que, por definición, le resultaría adverso. Sin embargo, a partir de las evidencias encontradas más bien la pregunta central es si la improbabilidad que se destaca es de las vinculaciones asociativas o de su observación.

IV. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Las paradojas de la modernidad

Como se enunció anteriormente, a partir de las descripciones de las vinculaciones asociativas obtenidas de las fuentes de información, se pudo constatar que las formas de observación de este tipo de fenómenos distaban mucho de ser unívocas y que, por el contrario, su identificación comprende una variedad de acciones consideradas como relaciones sociales asociativas. Asumir esta diversificación permitió ampliar la mirada y distinguir como vinculaciones sociales aquellos comportamientos que, desde una mirada normativa y tradicional, no se habrían identificado como tales.

Nuestras observaciones permiten suponer que las explicaciones de la contemporaneidad, a partir de las cuales surgen los diagnósticos sobre la improbabilidad de las vinculaciones asociativas, están mediadas por racionalidades muy estrechas y una visión colectivista que se inspira en nociones integradas de la sociedad que tienen por núcleo conceptual la noción de *anomia*, desde la cual la cohesión y el orden valórico es el fundamento de la viabilidad social e, incluso, de la sanidad mental. Es probable que las comunicaciones pesimistas que se derivan de estos enfoques se autoconfirmen en su propagación, facilitadas por las síntesis ideoló-

⁴ Este informe presenta el resultado de una encuesta aplicada a 1.600 personas en cuatro ciudades del país y que fue realizado por MOR-Chile como parte de la tercera fase del proyecto “Investigación sobre la conversación social y opinión pública acerca del voluntariado en Chile” realizado por FLACSO, MORI y CERC.

⁵ La densidad asociativa (número de organizaciones por cada 10.000 hab) estimada para Chile en el 2002, lo ubicaba en un lugar intermedio, con una densidad de 56, superando a Argentina (22), Francia (39) y Hungría (44) y por debajo de Suiza (139) y Austria (107).

gicamente previstas de sus voceros. Nuestra crítica a estas aproximaciones se sustenta en que, a la vez que destacan la imposibilidad de la colaboración en el contexto moderno, emergen las demandas para fortalecer este tipo de vínculos, sin considerar que aquellas características positivas o beneficiosas que se le atribuyen a la modernidad son las que al mismo tiempo imposibilitan la presencia de este tipo de vinculaciones, tal y como se les ha conceptualizado hasta hoy. Ahora bien, como se verá a continuación, desde nuestra perspectiva esta paradoja se resuelve al advertir que actualmente las vinculaciones sociales asociativas, al diversificarse y ampliarse con la modernización, acompañan las tendencias que aparentemente contradicen.

Nuestro planteamiento afirma que las vinculaciones colaborativas no solamente serían deseables, sino, además, estarían presentes en tanto exista sociedad. Incluso problemas como el individualismo, la soledad y la apatía social las gatilla. No debería extrañar, en consecuencia, que la modernización con todos sus efectos no las elimine, sino más bien *las diversifique* en tanto se conforman nuevos escenarios para la conectividad social. El problema es identificar y explicar sus expresiones en un contexto de individualismo y competencia. Para eso estimamos que se requiere dismantelar la antinomia entre el individualismo y la colaboración, pues si aceptásemos las descripciones generalizadas sobre la sociedad actual y mantuviéramos una visión estrecha de lo que significan los lazos asociativos, sólo quedaría por afirmar que la presencia de relaciones sociales orientadas comunitariamente no solamente es escasa, sino que, además, incentivarlas supondría colocar la modernización en reversa.

Desde una mirada más interpretativa, el sociólogo Eugenio Tironi (2005) identifica en Chile el surgimiento de señales que revelan la necesidad de una sociedad más humana y acogedora, que invite al éxito pero

que proteja ante el fracaso y el aislamiento. De acuerdo a nuestra comprensión, ello no podría ser de otra forma pues, justamente por su estado de diferenciación que hace que los sistemas parciales que componen la sociedad moderna se coordinen por indiferencias recíprocas (Willke, 1995), a la sociedad sólo le cabe la colaboración entre sus componentes. Por eso, aunque no lo destaquen los descriptores de la contemporaneidad que hemos revisado, pueden identificarse numerosas comunicaciones que refieren al incremento de las expresiones de relaciones colaborativas, incluso en países definidos como el punto de partida del individualismo y el aislamiento social⁶.

Si aceptamos hipótesis fundamentadas en la antropología, la sociología y la biología, relativas a que los sistemas sociales no podrían excluir las vinculaciones asociativas, en tanto son su medio de reproducción, debemos precisar que mientras evolucionan van modificando sus estructuras. Así, el *enfriamiento* (Baumann, 1991) e impersonalidad de las relaciones humanas contemporáneas no contradice la alta tasa de asociatividad voluntaria que acontece en distintos países, sino que refiere a sus transformaciones. Lo que sucede es que las nuevas expresiones asociativas se están distanciando de las concepciones que las consideran como ajenas a la búsqueda de recompensas y beneficios. Los testimonios identifican las condiciones para la cooperación cuando, sin dejar de velar por sus intereses, los individuos establecen vinculaciones de beneficio mutuo:

yo creo que las motivaciones son súper individuales, incluso egocéntricas me atrevería decir de repente, o sea, yo, bueno, donde trabajo estoy a cargo de ver quién va a ser voluntario, y la cantidad de razones que

⁶ Baste observar la importancia que tiene el voluntariado en países como Estados Unidos, donde el 30% participa en este tipo de actividades, que equivale a 83 millones de personas (SEGEOB, 2004).

he escuchado va desde “sabí que me siento súper mal y me quiero sentir mejor ayudando a los otros” hasta cuestiones más metafísicas, idealistas, de repente “quiero cambiar el mundo” (E 12).

El “punto ciego”: De la solidaridad a la colaboración

Tomando en consideración lo expuesto, podemos volver nuestra mirada a las descripciones de la sociedad contemporánea que analizamos e intentar explicar sus “puntos ciegos”. Nuestras indagaciones constatan que la expansión de vinculaciones sociales que se fundamentan en problemas de interés común, pero que tienen una marcada orientación individualista, incluyen una reciprocidad pragmática y se orientan a resultados:

yo siento que es más potente, yo te invito a colaborar, no te estoy pasando el poder de nada, no te estoy diciendo ven a mandar, te estoy diciendo ven a colaborar con nosotros (E 12).

Es decir, las nuevas formas solidarias incluyen anhelos y aspiraciones personales cuyas tensiones se asumen como legítimas:

... yo creo que eso tiene que ver con aceptar nuestras contradicciones, con aceptar que nunca vamos a hacer un acto cien por ciento puros, aceptar nuestra humanidad... (E 13).

Se trata de acciones plenas de satisfactorios y rendidoras para un aprendizaje social, para nutrir un currículo e ingresar al mundo laboral o sencillamente como medio para otorgarse un sentido de pertenencia y de aprobación social. En ese cuadro, sentirse parte del cumplimiento de las metas es un importante refuerzo, eso incluye la satisfacción de poder ayudar “y estar bien para poder hacerlo...”; “entonces yo me daba ese tiempo, y yo llegaba a las ocho de la maña-

na y a mí me encantaba, era como mi terapia y todo” (E 14), y los mismos lazos amistosos que se forman en las organizaciones favorecen la continuidad de la colaboración. No extraña, entonces, una dimensión de búsqueda hasta que el voluntario encuentra su sentido cuando los logros organizacionales se sienten como propios: “siento la Fundación como mía, me siento que es parte de mi familia también...” (E 11).

Se desprende de nuestras indagaciones que la mayor parte de las miradas intelectualizadas que tratan la condición social contemporánea no han abordado satisfactoriamente su actual conformación. El efecto de estas versiones simplificadas es inundar la comunicación con declaraciones que sólo predicán sobre lo mal que le está yendo a la humanidad por su propia condición y que, finalmente, terminan diluyéndose en propuestas morales o políticas. Así, sus reclamos esterilizan la búsqueda de explicaciones, y sólo tienen por efecto perpetuar los motivos de sus denuncias. No obstante, estos *relatos*, mayormente pesimistas y desencantados, tienen profundos impactos mediáticos y se proyectan amplificadamente en otros intelectuales y científicos sociales que, asumiendo roles de militantes de causas, confunden sus opiniones, adhesiones ideológicas y la glorificación de un pasado o futuro imaginado con rendimientos científicos. Sus déficits se deberían a obstáculos epistemológicos que les impiden observar la complejidad social y al olvido de que el conocimiento de la sociedad, al efectuarse a partir de distinciones desde una sociedad cada vez más compleja, no admite simplificaciones como explicaciones de la misma, ni siquiera como premisas valóricas.

Específicamente, cuando las explicaciones no integran comprensivamente los fenómenos sociales no se logra apreciar cómo la conformación de la sociedad se acompaña con el incremento de operaciones aparentemente contradictorias que, aunque puedan

parecer cognitivamente inescrutables o irracionales, son ampliamente admisibles en su reproducción. En este sentido, coincidimos con quienes dudan acerca de las capacidades teóricas disponibles para interpretar el carácter paradójico de las manifestaciones sociales contemporáneas, y frente a lo cual demandan por nuevos paradigmas.

Aclarando lo anterior y desde nuestra perspectiva, las vinculaciones colaborativas resultan ser las formas más acoplables a la complejidad de la modernidad, pero al alejarse del sentido *sacrificial* de la *solidaridad* y acercarse al estilo más igualitario de la reciprocidad y al pragmatismo, quedan inobservables para observadores que no se han acompañado a estos cambios y que no logran identificarlas como asociativas. Así, sólo podría experimentarse la radical declinación de las vinculaciones sociales en la sociedad contemporánea si nos concentramos en las solidaridades *mecánicas*, predominantes en las sociedades diferenciadas en base a principios segmentarios, es decir por unidades de parentesco o domésticas, y de las sociedades estratificadas que promueven las solidaridades corporativas o de clase. Pero estas formas han cedido ante el creciente predominio de nuevos tipos de diferenciación, cuyos presupuestos valoran los rendimientos individuales, son altamente exigentes y no son del todo compatibles con la imagen clásica de una solidaridad donde al empeño, la responsabilidad individual y el afán de superación ocupan un lugar secundario, y donde se rompe el vínculo entre la retribución y el esfuerzo.

Por otra parte, si la colaboración se entiende como una relación de beneficio mutuo, constituiría la forma de observación de las vinculaciones sociales asociativas que cumple mejor con los parámetros que se imponen en la modernización. A pesar que no produce mayor impacto emocional ni añade prestigio social, dada su falta de sentido trascendente y utópico, la colaboración afir-

ma su carácter explicativo de los vínculos sociales que nos interesan pues da cuenta, más claramente, de los beneficios que obtienen los individuos al vincularse socialmente y libera las expresiones solidarias de sus contradicciones y exigencias: "... uno aprende de los demás intercambiando experiencias de vida, cosas que a mí me pueden servir, cosas que le pueden servir a ellos..." (E 16). En este sentido la noción de colaboración adquiere una capacidad (auto) explicativa, es decir representativa, de la expansión de las vinculaciones asociativas en el marco de la modernidad contemporánea y que, en definitiva, es lo que intentamos explicar.

Una observación de los vínculos sociales en la sociedad contemporánea debe incorporar tanto las motivaciones que se aprecian como altruistas y que dan lugar a un compromiso con *el otro*, como las evaluadas como egoístas, que dan lugar al individualismo y la competencia. Actualmente se vive en esos dos mundos. Los voluntarios, por ejemplo, sienten que su labor es una instancia de crecimiento y formación, y que las competencias aprendidas son aplicables a otros aspectos de su vida. Por lo tanto, sus motivaciones reconocidas pueden estar relacionadas con el deseo de dar o ser instrumentales al tomar acento en la función de sus aportes. Junto a lo anterior, también existen algunas evidencias que indican refuerzos latentes que sostienen los comportamientos solidarios, como la obtención de beneficios físicos y psicológicos por el hecho de saber que se está haciendo feliz a otro: "el sólo saber que alguien te necesita es gratificante. Por eso deberíamos dar más" (E 18).

Todo lo anterior se relaciona con una sociedad crecientemente diferenciada, donde las participaciones políticas son, en parte importante, extra-partidistas, y hay una conciencia de tiempos escasos y discontinuados que limitan los compromisos profundos y duraderos más allá de los espacios afectivos. En suma, se estaría pasando de una

vocación de entrega abnegada a los demás a la decisión de contribuir con los otros de acuerdo a las propias posibilidades, es decir del voluntarismo a la institucionalización de fines, de las exigencias difusas a la eficiencia y eficacia, donde las necesidades individuales se constituyen en incentivos selectivos que promueven la solidaridad social. De esta forma se están generando formas inéditas de vinculación social, como colaborar con el que colabora en una suerte de solidaridad indirecta, así como también la resignificación de acciones cotidianas, como ser ciudadanos responsables, las que, en los nuevos tiempos, se capitalizan como solidarias. Entonces, asumiendo la instrumentalización de los vínculos asociativos, quienes colaboran esperan que las organizaciones, comunidades, familias y personas a las cuales donan su dinero o su tiempo y dedicación, estén bien administradas, sean participativas y que sus fines y metas sean entendibles. De este modo, la filantropía se relaciona con impuestos, la responsabilidad social con la imagen de empresas, las donaciones con la imagen de marca, las colectas se tecnifican, las campañas solidarias con la fidelización de audiencias y el voluntariado con las necesidades de autorrealización.

Si nos proyectamos en una línea de investigación más aplicada es atendible indagar qué se ha perdido o ganado con el desencantamiento que conllevan las nuevas formas de vinculación social que hemos destacado, cuáles son sus proyecciones hacia la sociedad y los individuos y qué tanto podremos intervenir en mitigar sus efectos no deseados en un país como el nuestro que, difícilmente, podrá seleccionar los contenidos que imponen a su modernización los ritmos de la integración planetaria.

Nosotros estamos en un mundo que está globalizado, y de mercado, y nosotros tenemos que hablar ese lenguaje, porque somos un país chico y no nos queda otra que

hablar ese lenguaje, pero lo mismo que hicimos con la máquina de cortar pasto lo vamos a hacer con la globalización y el mercado, le vamos a poner el alambrito, y lo vamos a humanizar, vamos a solidarizar, yo creo fijate que confío en que nosotros le vamos a dar el toque humano a esta globalización, vamos a ser más solidarios (E 10).

En suma, las proyecciones identitarias y culturales de los cambios en las formas de solidaridad empiezan a tener no solamente efectos profundos y globales, sino también inesperados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAREZ V. (1994) Cultura de la solidaridad. Realidad y utopía. Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
- ARNOLD M. (2004) La construcción del conocimiento. Fundamentos epistemológicos del constructivismo sociopoético. Revista del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Año VIII / N° 12: 271-289.
- BAUMANN Z. (1991) Modernity and Ambivalence. Cambridge: Polity.
- BECK U. (1998) La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Editorial Paidós.
- BAUDRILLARD J. (1991) Simulacros e simulação. Lisboa: Relógio D'Água.
- BRÜNNER J. (1998), Globalización cultural y posmodernidad. Santiago, Chile: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- CASTELLS M. (1997) La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Madrid: Editorial Alianza.
- LATINOBARÓMETRO (2005) Informe Latino-barómetro 1995- 2005. Santiago de Chile: Disponible en <http://www.latinobarometro.org/uploads/media/2005.pdf>
- DE FELIPE A, RODRÍGUEZ L. (1995) Guía de la solidaridad. Madrid: Editorial Temas de Hoy. España.
- DOCKENDORFF C. (1993) Solidaridad: La construcción social de un anhelo. Santiago, Chile: UNICEF Internacional.
- GARCÍA-CANCLINI N. (1990) Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Buenos Aires: Editorial Paidós.

- GIDDENS A. (1993) Consecuencias de la modernidad. Madrid: Editorial Alianza.
- GÜELL P. (2002) Familia y modernización en Chile. DIVISIÓN DE ORGANIZACIONES SOCIALES (ed) Gobernar los cambios: Chile, más allá de la Crisis. Santiago, Chile: SEGEGOB, 283-296.
- HABERMAS J. (1998) Problemas de legitimación en el capitalismo tardío. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- HALPERN P. (2002) Los nuevos chilenos y la batalla por sus preferencias. Santiago, Chile: Editorial Planeta.
- HOPENHAYN M. (1987) Modernismo y post-modernismo: Ruptura o refuerzo. Una ambigüedad vigente. Estudios Públicos número 27: Disponible en http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_1872.html
- LARRAÍN J. (2001) Identidad nacional. Santiago, Chile: Lom Ediciones.
- LUHMANN N. (1991) Sistemas Sociales: Lineamientos para una teoría general. Ciudad de México: Alianza Editorial.
- LUHMANN N. (1997) Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna. Barcelona: Editorial Paidós.
- LUHMANN N. (1998) Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia. Madrid: Editorial Trotta.
- LYON D. (1995) El ojo electrónico: El auge de la sociedad de la vigilancia. Madrid: Editorial Alianza.
- MARTINEZ M. (2001) La confianza social en Chile: Antecedentes y desafíos para una cultura democrática. SEGEGOB (ed.) Confianza social en Chile. Desafíos y proyecciones. Santiago de Chile: División de Organizaciones Sociales.
- MONCADA A. (1989) La cultura de la solidaridad. Madrid: Editorial Verbo Divino.
- MORANDÉ P. (1987) Cultura y modernización en América Latina. México: Ediciones Encuentro S.A.
- MOULIAN T. (1997) Chile actual. Anatomía de un mito. Santiago, Chile: Lom Ediciones.
- PNUD -PROGRAMA NACIONAL PARA EL DESARROLLO DE NACIONES UNIDAS- (1995) Gobernabilidad y desarrollo democrático en América Latina y el Caribe. Disponible en <http://www.pnud.org.ve/archivo/goblib1.asp>
- PNUD -PROGRAMA NACIONAL PARA EL DESARROLLO DE NACIONES UNIDAS- (1998) Las paradojas de la modernización. Disponible en <http://www.desarrollohumano.cl/textos/sin1998/PDF%201998/I%20Cap1.pdf>
- PNUD -PROGRAMA NACIONAL PARA EL DESARROLLO DE NACIONES UNIDAS- (2000) Más sociedad para gobernar el futuro. Disponible en <http://www.desarrollohumano.cl/blanco.htm>
- PNUD -PROGRAMA NACIONAL PARA EL DESARROLLO DE NACIONES UNIDAS- (2002) Nosotros los chilenos. Un desafío cultural. Disponible en <http://www.desarrollohumano.cl/indice.htm>
- ROBLES F. (2000) El desaliento inesperado de la modernidad. Molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo. Concepción: Ediciones Sociedad Hoy, Dirección de Investigación. Universidad de Concepción.
- SEGEGOB -MINISTERIO SECRETARIA GENERAL DE GOBIERNO- (2002) Generación de conocimientos sobre la situación del voluntariado en Chile y en el exterior. Santiago de Chile: Realizado por Alcalá Consultores Asociados Ltda. Propiedad intelectual N° 143.492.
- SEGEGOB -MINISTERIO SECRETARIA GENERAL DE GOBIERNO- (2004) Investigación sobre la conversación social y opinión pública acerca del voluntariado en Chile. Santiago de Chile: Realizado por FLACSO, MORI y CERC. Propiedad intelectual N° 143.492.
- TIRONI E. (2005) El sueño chileno. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
- TOURAINÉ A. (1992) Crítica de la modernidad. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- WILLKE H. (1995) La transformación de la democracia como modelo de orientación de las sociedades complejas. Soziale Systeme, 2: Disponible en <http://www.soziale-systeme.ch/>